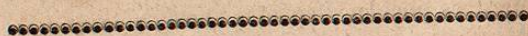


virtud por su mérito y no por su recompensa; pero se trata de felicidad, y en filosofía examino y digo como Montaigne: — ¿ *Qué sé yo?* La verdad es que nuestras cuestiones políticas, tan capitales en nuestros liceos, ó en nuestros cafés, ó en nuestros clubs, son muy pequeñas vistas de lejos, en medio del océano, desde la cima de los Alpes, á la altura de la contemplacion filosófica ó religiosa. — Esas cuestiones no interesan mas que á algunos hombres que tienen pan y tiempo de sobra: — la multitud no tiene que ver mas que con la naturaleza: — una buena, hermosa y divina religion, esta es la política al uso de las masas. Este principio de vida falta á la nuestra, y hé aquí porqué tropezamos, caemos, volvemos á caer, no vamos adelante; — el aliento de vida nos falta; creamos formas y el alma no baja á ellas. — ¡ Oh Dios mio! volvednos vuestro aliento ó perecemos.



Malta, 28, 29 y 30 de Julio, 1852.

Residencia forzada en Malta á causa de una indisposicion de Julia. Se restablece, y nos decidimos á ir á Esmirna, pasando por Atenas: allí estableceré á mi muger y á mi hija, é iré solo, cru-

zando el Asia menor, á visitar las demas partes del Oriente. Levantamos el ancla, y ya vamos á salir del puerto cuando llega una vela del Archipiélago y anuncia la captura de varios buques por los piratas griegos y la matanza de las tripulaciones. El consul de Francia, M. Miége, nos aconseja que aguardemos algunos dias; el capitán Lyons, de la fragata inglesa *Madagascar*, nos ofrece escoltar nuestro bergantin hasta Nauplia, en Morea, y aun llevarnos á remolque si no puede el bergantin seguir á la fragata, y como acompaña esta oferta con todas las atenciones que pueden realzar su valor, aceptamos, y partimos el miércoles primero de agosto á las ocho de la mañana. Apenas salimos á alta mar, el capitán, cuyo buque vuela y nos deja muy atras, hace cargar las velas y nos aguarda; — nos tira al mar un barril al que está atado un cable; pesamos el barril y el cable, y seguimos, como un caballo de mano, la flotante mole que yende las olas y parece que no se apercibe de nuestro peso.

Yo no conocia al capitán Lyons, comandante hace seis años de uno de los buques del apostadero inglés del Levante; él no me conocia á mí, ni aun de nombre; no me hallé con él en casa alguna en Malta, porque estaba haciendo cuarentena, y sin embargo, hé aquí un oficial de otra

nacion, de una nacion muchas veces rival y hostil que, á la primera señal nuestra, consiente en retrasar su marcha dos ó tres dias, en someter su buque y su tripulacion á una faena muy peligrosa (el remolque), á oír acaso al rededor de sí á los marinos de su bordo murmurar de semejante condescendencia con un Francés desconocido, — todo por solo un sentimiento de nobleza de alma y de simpatía por las inquietudes de una señora y los padecimientos de una niña. — Tal es el oficial inglés en toda su generosidad ; tal es el hombre en toda la dignidad de su caracter y de su mision. — Jamas olvidaré ni la accion ni el hombre. — El hombre que viene á veces á nuestro bordo á informarse de nuestra salud y á reiterarnos las protestas del placer que experimenta en protegernos, me parece uno de los mas leales y francos que he conocido en mi vida. — Nada en él recuerda esa supuesta aspereza del marino ; pero la firmeza del hombre, acostumbrado á luchar con el mas terrible de los elementos, se mezcla admirablemente, en su rostro todavía juvenil y agraciado, con la dulzura del alma, la elevacion de los pensamientos y la amabilidad del caracter.

Despues de haber llegado desconocidos á Malta, no sin sentimiento vemos sus blancas paredes hundirse á lo lejos bajo las olas. — Esas ca-

sas, que, hace pocos dias, mirábamos con indiferencia, tienen ahora una fisonomía y un lenguaje para nosotros. — Conocemos á los que las habitan, y muchas miradas benévolas siguen desde lo alto de sus azoteas las lejanas velas de nuestros dos buques.

Los Ingleses son un gran pueblo moral y político, — pero en general, no son un pueblo social. — Concentrados en la santa y dulce intimidad del hogar doméstico, cuando salen de él, lo que los conduce no es el placer, ni la necesidad de comunicar su alma ó de derramar su simpatía, sino el uso ó la vanidad. — La vanidad es el alma de toda sociedad inglesa ; — ella es la que construye esa forma de sociedad fria, compasada, ceremoniosa ; — ella la que ha creado esas gerarquías de clases, títulos, dignidades y riquezas, que son lo único porque se diferencian los hombres, y que han hecho una abstraccion completa del hombre para no considerar mas que el nombre, el vestido, la forma social. — ¿Son diferentes en sus colonias? Me inclinaria á creerlo en vista de lo que hemos experimentado en Malta. — Desde el momento en que llegamos á este punto, recibimos de todo lo que compone esa hermosa colonia las muestras mas desinteresadas y cordiales de interés y benevolencia. — Nuestra residencia no ha sido mas que una con-

tinua y brillante hospitalidad. — Sir Federico Ponsonby y lady Emilia Ponsonby, su esposa, pareja digna de representar en todas partes, una la virtuosa y noble sencillez de los grandes señores ingleses, la otra la dulce y graciosa modestia de las señoras de alta cuna en su patria. — La familia de sir Federico Hankey, M. y madama Nugent, M. Greig, M. Freyre, antiguo embajador en España, nos han recibido menos como á viajeros que como á amigos. Ocho dias los hemos visto y acaso no los volveremos á ver, pero llevamos de su amabilísima cordialidad una impresion que alcanza hasta el fondo del pecho. Malta ha sido para nosotros la colonia de la hospitalidad, — un no sé qué de caballeresco y de hospitalario, que recuerda sus antiguos poseedores, que se encuentra en sus palacios, poseidos ahora por una nacion digna del alto puesto que ocupa en la civilizacion. Se puede no amar á los ingleses, pero es imposible no estimarlos.

El gobierno de Malta es duro y estrecho; no es digno de los Ingleses, que han enseñado la libertad al mundo, tener en una de sus posesiones dos clases de hombres, los ciudadanos y los libertos.

El gobierno provincial y los parlamentos locales se asociarian fácilmente en las colonias inglesas á la alta representacion de la madre-patria.

Los gérmenes de libertad y de nacionalidad, respetados en los pueblos sometidos, son para el porvenir gérmenes de virtud, de fuerza, de dignidad para la humanidad entera. La sombra del pabellon inglés no deberia cubrir mas que hombres libres.

.....

1 de agosto, á las 12 de la noche.

Despues de haber partido esta mañana con una mar picada, un calmazo absoluto nos ha sorprendido á doce leguas de la costa, y todavía dura: ningun viento en el cielo, salvo algunas brisas perdidas que vienen de cuando en cuando á arremolinar las velas de los dos buques, y que les hacen espedir una palpitation sonora, un latido irregular, semejante al convulsivo batir de las alas de un pájaro que se muere; el mar está liso y terso como la hoja de un sable; ni una arruga riza su superficie, pero de trecho en trecho, y á grandes distancias se advierten anchas ondulaciones cilíndricas que se deslizan bajo el buque y le bambolean como un terremoto. Toda la mole de los palos, de las vergas, de los obenques, de las velas rechina y tiembla como bajo un viento muy pesado. No avanzamos una línea en una

hora; las cáscaras de naranja que Julia tira al mar flotan sin declinacion al rededor del bergantin, y el timonero mira indiferente las estrellas, sin que la barra haga desviarse su mano distraida. Hemos soltado el cable de remolque que nos sujetaba á la fragata inglesa, porque como ninguno de los dos buques atiende á la faena, hubieran podido estrellarse uno contra otro en las tinieblas.

Ahora estamos á sobre quinientos pasos de la fragata. Las lámparas encendidas brillan por las troneras en el fondo de los espaciosos camarotes de los oficiales que coronan su popa. Un fanal, que la vista puede confundir con uno de los luceros del firmamento, sube y se ata á la punta del palo de mesana para reunirnos por la noche; y mientras nuestros ojos están clavados en aquel faro flotante que debe guiarnos, una deliciosa música sale de repente del luminoso seno de la fragata y resuena bajo una nube de velas, como bajo las sonoras bóvedas de una iglesia.

Así varian y se suceden las armonías por espacio de muchas horas, derramando á lo lejos, sobre aquel mar encantado y dormido, todos los acentos que hemos oido en las mas deliciosas horas de nuestra vida. Todas las reminiscencias melodiosas de nuestras ciudades, de nuestros teatros, de nuestros cantares campestres, asaltan

nuestro pensamiento para trasportarle á unos tiempos que ya pasaron, á unos seres separados ahora de nosotros por la muerte ó por el espacio!

Mañana, dentro de algunas horas tal vez, los terribles rugidos del huracan que hace crugir los mástiles, los repetidos embates de las olas sobre los huecos costados de la nave, el cañonazo de socorro, el trueno, las voces convulsivas de dos elementos en guerra, y del hombre que lucha contra su furor combinado, sucederán á esta música serena y magestuosa.

Estos pensamientos se agitan en todos los corazones y un completo silencio reina en ambos puentes. Cada cual recuerda algunas de aquellas notas significativas y grabadas por una fuerte impresion en la memoria, que ha oido en otro tiempo en alguna circunstancia feliz ó triste de la vida de su corazon; cada cual piensa mas tiernamente en los seres que ha dejado en su patria. Se siente un vago temor de aquel desafio con que parece que el hombre provoca á las tempestades: semejantes momentos son de aquellos que debe uno escribir en su pensamiento para siempre, pues contienen en algunos minutos mas impresiones, mas colores, mas vida que años enteros trascurridos en las prosáicas vicisitudes de la vida comun. El corazon está lleno y quisiera

rebosar; entonces el hombre mas vulgar se siente poeta en todas las fibras; entonces lo finito y lo infinito penetran por todos los poros; entonces se quiere estallar delante de Dios, ó revelar solamente á un corazon simpático, ó á todos los hombres, en la lengua de los espíritus, lo que pasa en nuestro espíritu; entonces se improvisarian divinos cantares de la tierra y del cielo... ¡Ah! ¡Si se supiera una lengua! Pero no hay lengua, sobre todo para nosotros, Franceses; no, no hay lengua para la filosofía, el amor, la religion, la poesia; las matemáticas son la lengua de este pueblo; sus palabras son secas, puntuales, descoloridas como cifras. — Vamos á dormir.



Las 2 de la madrugada, del mismo dia.

No puedo dormir; he sentido demasiado; vuelvo á subir sobre cubierta; — pintemos; — la luna ha desaparecido bajo la anaranjada bruma que vela el horizonte sin otros límites. Es de noche, pero es de noche en el mar, es decir, en un elemento trasparente que refleja la menor claridad del firmamento, que parece que conserva una luminosa impresion del dia. Esta noche no es negra, es solamente pálida y aljofarada como

el color de un espejo cuando se pone la luz al lado ó detras de él. Tambien el aire parece muerto ó dormido sobre esa soñolienta capa de las olas. Ni un rumor, ni un soplo, ni siquiera una vela que resuene contra la verga, ni una espuma que zumbe y trace la estela del bergantin en sus costados que tambien parecen dormidos.

Contemplaba yo esa muda escena de sosiego, de vacío, de silencio y de serenidad; respiraba ese ambiente tibio y ligero del que no siente el pecho ni el calor, ni la frescura ni el peso, y me decia: — Tal debe ser el aire que se respira en el pais de las almas, en las regiones de la inmortalidad, en aquella atmósfera divina donde todo es inmutable, voluptuoso, perfecto.

Veamos otro aspecto del cielo. — Yo habia olvidado la fragata inglesa, pues miraba hácia el lado opuesto; allí estaba en el mar, á algunas brazas de nosotros; volvíme por casualidad, mis ojos cayeron sobre aquel majestuoso coloso que reposaba inmovil, inmenso, sin el menor balance de su quilla, como sobre un pedestal de labrado marmol.

La gigantesca y negra mole del buque se destacaba en sombra de la plateada superficie del agua, y se dibujaba sobre el fondo azul del cielo, del aire y del mar; ni un resuello de vida

salía de aquel magestuoso edificio; nada indicaba á la vista ni al oído que estuviese animado por tanta inteligencia y vida, poblado de tantos seres pensadores y activos: se le hubiera podido tomar por uno de aquellos grandes despojos de las tempestades, flotando sin timón, que el navegante encuentra con espanto en las soledades del mar del Sud, y donde no queda una sola voz para decir como pereció la nave; asiento mortuario sin nombre y sin fecha, que el mar deja flutuar algunos días antes de tragársele.

Encima del sombrío cuerpo del buque, la nube de todas sus velas estaba agrupada pintorescamente y piramidaba al rededor de sus mástiles, alzándose de piso en piso, de verga en verga, recortadas en mil estrañas formas, desarrolladas en anchos y profundos pliegues, semejantes á las numerosas y altas torrecillas de un castillo gótico, agrupadas al rededor de la gran torre del homenaje; no tenían ni el movimiento, ni el color brillante y dorado de las velas vistas de lejos en el mar durante el día; inmóviles, mates y teñidas por la noche de un color gris apizarrado, parecían una inmensa bandada de murciélagos ó de pájaros desconocidos de los mares, posados, apiñados unos contra otros en la copa de un árbol gigantesco, y suspendidos de su tronco despojado á la luz de la luna en una noche de

invierno. La sombra de aquella nube de velas descendía sobre nosotros y nos ocultaba la mitad del horizonte; jamás vision del mar mas colossal y estraña se apareció en un ensueño á la fantasía de Osian. Toda la poesía de las olas estaba allí: la línea azul del horizonte se confundía con la del cielo, todo lo que reposaba encima y debajo tenía la apariencia de un solo fluido etereo en el que nadábamos. Todo aquel ámbito vago sin cuerpo y sin límites abultaba el efecto de aquella gigantesca aparición de la fragata sobre las olas, y sumergía la vista y el alma en la misma ilusion. Pareciame que la fragata, la pirámide aerea de su velamen y nosotros tambien nos hallábamos alzados, arrebatados, como cuerpos celestes, en los líquidos abismos del eter, no sostenidos sobre objeto alguno, cerniéndonos en virtud de una fuerza interna sobre el azulado vacío de un firmamento universal.

Así pasamos varios días y varias noches en alta mar, — bonanza perfecta, cielo de fuego; — las olas giran inmensas del golfo Adriático al mar de Africa, como vastos cilindros ligeramente estriados y dorados por la mañana, y por la tarde, semejantes á las columnas de los templos de Roma ó de Pesto.

Paso los días sobre cubierta; escribo algunos versos á M. de Montherot, mi cuñado:

¡Oh amigo! Mas que amigo, por la sangre
 Y por el alma hermano, que lloroso
 Sobre el mar con los ojos me seguías;
 Cruzando con la mente los espacios
 Y el dilatado mar que nos separa,
 ¡Pienso en tí! Los momentos deleitosos
 Que pasábamos juntos, á la margen
 De nuestros arroyuelos, sombreados
 Por los pomposos sauces y los tilos
 Perpetuamente en mi memoria viven.
 Pienso en nuestros paseos solitarios,
 En nuestras dulces pláticas, cortadas
 Por tus versos tal vez, ya por los mios;
 — Por tus versos, relámpagos del alma,
 Que sin esfuerzo brotan de tu lira,
 Y que sembrando vas por tu camino,
 Como esas gotas, llanto de la aurora,
 Que á el alba toda la campiña esmaltan,
 Que un rio inmenso formarían juntas,
 Mas que bajo los pies caen silenciosas
 Y entre aromas el sol y el viento aspiran.
 A otros tiempos, amigo, otros cuidados;
 A cada fruto su estacion: de niño,
 En la feliz edad, en que una madre
 A su amante regazo nos estrecha;
 Cuando el llanto y la risa en nuestro rostro
 Por la mas leve causa se suceden,
 Yo tambien á los niños, mis iguales,
 En su language y juegos imitaba.
 En los primeros meses de las flores,
 Cuando la savia de los troncos brota,
 En la margen del rio que fecunda
 Los campos dó nací, la verde rama
 Iba á cortar del inclinado sauce.
 Con mi aliento sus jugos calentando,
 Entera la corteza desprendía,
 De un soplo la animaba, y al instante
 Un blando y triste acento en la espesura

Empezaba á sonar. Aquel acento
 Que no ajustaba el arte á su medida,
 No era mas que un rumor vano, un murmullo
 Suave y vagaroso, semejante
 A esas voces del viento y de las aguas
 Que halagan el oido dulcemente,
 Sin que en ellos busquemos un sentido;
 Mero preludio de temprano ingenio
 Que al canto y á las lágrimas se ensaya!

¡Ya ese tiempo pasó; ya al mediodia
 De mi vida he llegado, y he sufrido
 Y mi espíritu en mi grande se ha hecho!
 Aquellas cañas frágiles, juguetes
 De mi infancia, el aliento, que me oprime
 No pueden contener; no hay lengua, ritmo,
 Ni guerrero clarín, ni arpa sagrada,
 Que el soplo de mi alma no rompiera
 Mil y mil veces con su recio impulso.
 ¡Todo á su llama se derrite, todo
 A su terrible embate se doblega!
 Para exhalar su acento impetuoso
 Ha renunciado á los mortales verbos,
 Cuyos frágiles símbolos haría
 Con su choque estallar. Si los usara,
 Resonarían cual la voz del trueno,
 Como la luz del rayo brillarian,
 Y los hombres las frentes inclinando,
 Aterrados clamaran: — « ¡Oh Dios mio,
 Que nos hable mas quedo ó perecemos! »

Ya no les habla, no; se habla á sí mismo
 En la mística lengua sin palabras,
 En el supremo verbo que ninguna
 Mano carnal ha escrito, en que habla al alma
 El alma, y á la mente habla la mente!
 De las humanas lenguas olvidado

Así su adusta soledad consuela !
 Siempre dentro de mí ruge y se agita
 Como un mar en continuo movimiento ;
 Hace en mis sienes martillar mi sangre ;
 Y resonar así cual de deshecha
 Tempestad, rauda vuelo, cual torrento
 De abismos en abismos derrumbado,
 Cual los ecos del rayo en las montañas,
 Como la voz de los furiosos ciezos
 Que del Líbano al mar se precipitan,
 O como los embates con que fiera
 Sobre enhiesto peñon la marejada
 Sube, monte de agua, y baja, espuma.
 Esas son, esas son las solas voces
 Que lo que siento en mí decir podrían!

No esperes, pues, de mí versos sujetos
 A la comun medida, en que la idea
 Cual de un arco sonoro desprendida
 Vibra sobre sonidos semejantes,
 Docil sierva de armónicos caprichos.
 Ese eco frio de los versos, ora
 A mi oido repugna, y si el recuerdo
 De los pasados tiempos se despierta
 En mi mente tal vez; si desde el mudo
 Desierto de este límpido Oriente
 Se torna á tí, risueño mi semblante ;
 Si pienso en mis amigos, que esta aurora
 Cual yo verán, y quiere todavía
 Confundirse mi alma con las suyas,
 Con otra voz mi corazon amante
 Les envia y les pide sus recuerdos.
 ; La oracion es mi voz! Voz soberana,
 Lengua alada y sublime, que confunde
 Todos los corazones que se aman
 En un solo suspiro ; que visibles
 A los ojos del alma hace, y presentes

Ante Dios á mil seres adorados,
 Dispersos por los ámbitos del mundo.
 ; Lenguage universal que al cielo llega,
 Inestinguible incienso que perfuma
 Al que le da y á aquel que lo recibe!

Así mi corazon se comunica
 Contigo ; las palabras de la tierra
 Son á mis ojos vanidad, son nada.
 Y si la causa del desprecio quieres
 Saber con que las miro, signe ahora
 Mi vela que los céfiros impelen,
 Y ven á este teatro donde el mundo
 Algun dia pasó, donde el desierto
 Sobre el borrado imperio ora florece,
 Entre las sepulturas de los dioses,
 De los heroes y sabios, tres escenas
 Tan solo á ver y á contemplar tres noches.

Acababa yo apenas de ausentarme
 Del suelo cuyo estruendo á gran distancia
 Acosa sobre el mar al pasagero :
 De esa Europa decrepita dó todo
 Cruje, y se desmorona y lucha ; en donde
 Dos opuestos espiritus se arrojan
 Templos y tronos, leyes y costumbres,
 Con su perpetua lid abriendo paso
 A la mente de Dios, que aun no penetran.
 Mi nave que invisible mano impele
 Por el mar espumante resbalaba.
 Doce veces el sol teñido habia
 De púrpura y de oro, el Occidente,
 Y doce, como un águila de fuego,
 Su vuelo desde Oriente habia lanzado.
 Los palos y las velas de mi nave
 Duermen ; muerde la arena el ancla aguda,
 ;Y en Atenas estoy!

Era la hora

En que esa gran ciudad, en otros tiempos
Tan bulliciosa, del descanso breve
De la nocturna oscuridad saliendo,
Ya gloriosa, ya infame, se llenaba
De inmensa muchedumbre, semejante
Del revuelto océano á la marea.
Distintas ambiciones impulsaban
A unos á la virtud, á otros al crimen.
Pericles iba al foro; á las riberas
Temistocles, los heroes á las armas,
Al pórtico filósofos y sabios.
Aristides y Sócrates, el uno
Al ostracismo y á la muerte el otro,
Mientras se agita el pueblo á la ventura
Hoy criminal, mañana arrepentido.
Al pie del Partenon que un Turco guarda,
A la naciente luz tiendo la vista.

Del alto Citeron parte el aurora;
De cien peladas cumbres el contorno
Su luz va á herir, resbala en sus laderas,
Y de Iliso se estiende hasta los mares,
Sin que ningun objeto la colorea,
O en el mar, ó en los campos la refleje,
Ni fúlgidas ciudades á lo lejos,
Ni al aura matinal humo ondeante,
Ni chozas en las faldas de los montes,
Ni una flor, ni en las aguas una barca.
La luz sobre aquel suelo estéril, muerto,
Sin rebatar en él tambien cae muerta:
Solo el mas alto rayo de la aurora
Hiere el soberbio Partenon, y luego
Por sus negras almenas resbalando
Donde duerme el genizaro tendido
Con la pipa en la mano, cual si fuera
A llorar la cornisa destruida,

Va á morir sobre el templo de Teseo!
Dos destellos de luz en dos ruinas
Es todo cuanto hoy dice: « Allí está Atenas! »

6 de agosto 1832, en alta mar.

El 6, á mediodia, divisamos bajo las blancas
nubes del horizonte las desiguales cimas de los
montes de Grecia; el cielo estaba pálido y gris
como sobre el Támesis ó el Sena en el mes de
octubre; una borrasca rasga, en el poniente, la
negra cortina de nieblas que arrastra sobre el
mar; — estalla el trueno, brotan los relámpa-
gos, y una seria brisa de sudeste nos trae la fres-
cura y la humedad de nuestros vientos lluviosos
de otoño.

El huracan nos arroja fuera de nuestro rumbo
y nos hallamos muy cerca de la costa de Navari-
no; distinguimos los dos islotes que cierran la
entrada de su puerto, y la hermosa montaña de
dos cumbres que corona á Navarino. Allí fué
donde el cañon de Europa gritó no ha mucho
tiempo á la Grecia resucitada: la Grecia ha res-
pondido mal; emancipada del poder de los tur-
cos por el heroismo de sus hijos y por la asisten-
cia de la Europa, ahora es víctima de sus propios

